
Revista Iberoamericana, Vol. LXVIII, Núms. 200-201, Julio-Diciembre 2002, 549-556

HISTORIOGRAFÍA DE LA LITERATURA IBEROAMERICANA

POR

JOHN A. CROW

Universidad de California, Los Ángeles

A dos famosos críticos españoles, don Juan Valera y don Marcelino Menéndez y Pelayo, les corresponde la gloria de haber llamado primero la atención a la existencia de una literatura iberoamericana. Antes de las *Cartas americanas* de Valera, publicadas en “Los Lunes” de *El Imparcial* (1888-1897) sobre varios poetas y prosistas de Iberoamérica en aquella época, y la monumental Antología de poetas hispanoamericanos, publicada por Menéndez y Pelayo en 1893, la literatura de los distintos países de Iberoamérica rara vez pasaba las fronteras nacionales. La literatura argentina se conocía en la Argentina, pero no en el Perú ni en México; y la literatura mexicana o peruana no se conocían en la Argentina. Esto a pesar del común fondo colonial que tuvieron esos países durante trescientos años, y del común ideal revolucionario inspirado por la independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa. Puede parecer una paradoja, pero la unidad espiritual de Iberoamérica se deshizo durante las guerras de la Independencia, y no pudo resucitarse hasta que la Madre Patria volvió a señalar el camino en las dos obras arriba mencionadas.

La Antología de Menéndez y Pelayo,¹ a despecho de sus muchos errores, su punto de vista muy español y académico, su omisión de todos los poetas no muertos antes de 1892, su exclusión de la prosa, sigue siendo, en el terreno que cubre, la mejor, la más completa, la más interesante presentación de la literatura de Iberoamérica. Ciertos capítulos de esta Antología, como por ejemplo, los ensayos sobre Bello, Sor Juana, Olmedo y Heredia, difícilmente pueden superarse. Hasta los párrafos incidentales acerca de Sarmiento y de José Hernández (más bien acerca del *Martín Fierro*) son fundamentales. En una palabra, la gran obra de don Marcelino es una verdadera mina de datos históricos y de ingeniosa crítica literaria.

Las *Cartas americanas* de Juan Valera, en cambio, tuvieron un gran valor temporal, pero, en el transcurso de los años, han perdido mucho de su significación. En primer lugar, Valera escribió acerca de un número restringido de escritores vivos, contemporáneos suyos, y en segundo lugar, a él le gustaban demasiado el estilo cincelado y los personajes románticos rezagados que él mismo presentaba en sus novelas. Por consiguiente, sus alabanzas de esas mismas características en los autores iberoamericanos son algo alejadas y exageradas. Por ejemplo, alaba sobremanera la novela *Cumandá*, diciendo del autor que

¹ En 1913 don Marcelino publicó su *Historia de la poesía hispano-americana*, revisión de sus introducciones a los cuatro tomos de la Antología.

“ni Cooper ni Chateaubriand han pintado mejor la vida de las selvas”. Arturo Torres-Rioseco, que, en *La novela en la América Hispana*, 1939, desinfla varios encomios consagrados, con razón dice, por ejemplo: “Mera nos presenta unos salvajes de zarzuela, que hablan un idioma pulcro y atildado, como hacen algunos miembros de la Academia”.

Al contrario, el ensayo de Valera sobre el *Azul* de Darío fué un buen análisis de la primera época de la vida del gran poeta, y según entendemos, el primero en el cual un famoso crítico internacional señaló a un escritor hispanoamericano como un valor en la literatura universal.²

El próximo esfuerzo en la historiografía de la literatura de Iberoamérica es la *Literary History of Spanish America*, 1916, por el profesor Alfred Coester. Este libro fue la primera historia de toda la literatura hispanoamericana, poesía y prosa. Coester omite a varios escritores del siglo XX, comete muchos errores innecesarios al discutir obras que al parecer no ha leído, y no tiene el sentido de crítica que requiere un estudio de este género, pero aun así su historia, como obra de *pioneer*, es digna de nuestra admiración. Valor duradero, tendrá muy poco. Es más bien una repetición de segunda o tercera mano de crítica y datos ya publicados que un trabajo original. Para ser justos debíamos añadir que el propósito del doctor Coester fue principalmente el de agrupar, en justa perspectiva histórica y literaria, a los autores más sobresalientes de Iberoamérica. No tuvo la intención de procurar escribir una obra maestra de crítica literaria. En este propósito ha tenido indudable éxito. En la segunda edición del libro, 1928, en cambio, Coester ha debido rectificar los errores de la anterior,³ y en los dos nuevos capítulos que agregó sobre autores contemporáneos, no se le puede perdonar la omisión de escritores tan eminentemente famosos como Mariano Azuela, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, José Ingenieros, González Prada, J. C. Mariátegui, etcétera, etcétera, autores todos ellos de obras maestras publicadas antes del año 1928.

En 1919 un poeta y crítico argentino, Calixto Oyuela, dio a la luz su *Antología poética hispanoamericana*, 5 tomos, con extensas notas. Oyuela incluye los grandes poetas modernos omitidos por Menéndez y Pelayo, y divide su Antología en períodos históricos en lugar de las secciones nacionales que empleó don Marcelino. Por consiguiente, su obra es más manejable que la de su precursor. Las notas son excelentes, pero no llegan a la extensión de los magistrales ensayos del gran crítico español. Oyuela ha escogido sus selecciones con buen gusto, pero la desproporción del espacio dedicado a ciertos poetas salta a la vista. Cita sólo tres poesías de José Asunción Silva, catorce de Rubén Darío, y veinticinco de Calixto Oyuela.

Entre 1915 y 1922 aparecieron los catorce tomos de la formidable *Historia de la lengua y literatura castellana* (comprendidos los autores iberoamericanos), de Cejador y

² En 1888 Valera alaba el espíritu cosmopolita de Darío, pero en una de las últimas Cartas, 1896, al criticar *Los raros*, dice: “...tengo que creer y que decir que hay algo de maniático, o al menos de extraviada en poner por las nubes a personajes tan extravagantes como Juan Moreas, Pablo Verlaine, Eduardo Dubus y otros a quienes nadie o casi nadie conoce ni tiene ganas de conocer por esta tierra”.

³ Típico de estos errores es el que se encuentra en la página 168; dice Coester: “Las últimas novelas dignas de alabanza son *La gloria de don Ramiro*, 1911, por Enrique Rodríguez Larreta. Esta novela... reconstruye una época histórica de la Edad Media...” ¡Coester aquí cita mal título, fecha y asunto! *La gloria de don Ramiro* apareció en 1908, y reconstituye la época de Felipe segundo.

Frauca. El único valor de esta extensísima obra es la cita que el autor hace de casi todos los críticos bien conocidos, dándonos así un compendio valioso, aunque de segunda mano. Cejador como crítico vale poco, y su obra es casi imposible de manejar debido al necio arreglo de la materia. Los autores aparecen en el índice, y en el libro, bajo cierto año que según Cejador es el más importante en su vida literaria. No sabiendo ese año, el lector tiene que mesarse y aun arrancarse los cabellos y repasar hojas y hojas hasta encontrar el escritor que busca.

Como muestra de la penetración crítica de Cejador y Frauca citamos un breve párrafo sobre Rubén Darío: "... siempre quedará Rubén como el adalid de una escuela lírica decadente, en que la palabra y, en general, la forma se sobrepone al fondo poético, como en el gongorismo y en todas las épocas decadentes y preciosistas. El prurito de la novedad y de hacer efecto en todas ellas, y más en la modernista, señorea al puro y limpio arte lírico de derramar afuera el alma y su sentir desinteresado".

En 1930 un crítico francés, Max Daireaux, sacó a la luz en París su *Panorama de la littérature hispano-américaine*. Daireaux omite toda consideración de la literatura colonial, y en las trescientas páginas que emplea para discutir las épocas revolucionaria e independiente, sólo logra darnos un catálogo de nombres y fichas (erróneas, muchas de las últimas)⁴ con alguno que otro esparcido párrafo de crítica basada en gran parte en las obras de Ventura García Calderón. Daireaux dedica un espacio innecesariamente largo a García Calderón, colocándole a la cabeza de los cuentistas americanos, "a quienes se debe sin duda lo mejor de la producción americana", y deja fuera completamente a varios autores capitales del siglo XIX como Fernández de Lizardi; de la época contemporánea no menciona siquiera la novela de la revolución mexicana. El siguiente pasaje sobre su predilecto García Calderón tipifica la crítica galicada de Daireaux: "Lo notable en el arte de Calderón, y es un punto sobre el que conviene insistir, es aquella perfecta fusión que ha logrado de dos literaturas: la francesa y la española; pues la novedad americana es la interpretación del americanismo por el nuevo espíritu formado de esa doble escuela; su modernismo consiste en sustituir la cultura greco-latina por la cultura hispano-francesa". Esta "medio-verdad" caracteriza la crítica de Daireaux; a cada paso hace hincapié en la necesidad de desarrollar en Iberoamérica alguna especie de combinación espiritual basada en la literatura francesa! No menciona, ni parece creer en la existencia de corrientes indígenas: sentimientos fundamentales de raza, psicología, tierra, condiciones sociales y económicas; ni señala tampoco las influencias yanquis, la proximidad de los Estados Unidos, etcétera, que son igualmente base de un creciente número de grandes producciones literarias en Iberoamérica. Tan americanas como españolas, y sin influencia francesa que valga, son obras maestras como el *Facundo*, *Martín Fierro*, *La vorágine*, las novelas de Rómulo Gallegos, la novela de la revolución mexicana, la literatura de temas indígenas en el Perú, el Ecuador y Bolivia, y así sucesivamente. Hablando del presente y del porvenir, diríamos que lo francés y hasta lo español tendrán que ir perdiendo terreno ante ese brote de problemas indígenas que han de caracterizar la venidera cultura iberoamericana. Iberoamérica habla, y tiene que seguir hablando la lengua de Cervantes; Iberoamérica

⁴ Por ejemplo, cita como fechas de publicación de *Amalia* y *María* los años 1852 y 1870. *Amalia* apareció en 1855 (primera parte en 1851) y *María* en 1867.

cree, y seguirá creyendo en los ideales de la Revolución francesa, pero dentro de esta lengua hablada y tras estas creencias importadas hay un fondo insobornable a toda influencia extranjera, algo netamente americano, sea de estirpe, de ambiente, de cruce de razas, o de todas estas cosas en combinación.

En el año de 1934 otro gran crítico español, profesor de la Universidad de Columbia, de Nueva York, dió a luz su monumental Antología de la poesía española e hispanoamericana, que abarca los años de 1882 a 1932. Esta Antología tiene una extensión de más de 1,200 páginas, contiene una excelente introducción general, notas crítico-biográficas de todos los poetas representados, y extensas bibliografías individuales. Quiso el doctor de Onís comenzar con la nueva poesía llamada comúnmente “modernismo” que ya iba en camino de definirse cuando sacó Menéndez y Pelayo su formidable estudio, y que omitieron don Marcelino y don Juan Valera en su Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX, 1902, 1903. La genial Antología del doctor de Onís es la más valiosa y más manejable obra existente sobre el modernismo, y, junto con la Antología de Menéndez y Pelayo, una de las dos más importantes contribuciones al estudio de la poesía hispanoamericana en su conjunto. La obra de de Onís puede ser criticada por ecuatorianos, peruanos, mexicanos o argentinos porque sus selecciones no responden al gusto crítico nacional de aquellos países; puede ser criticada por modernistas, postmodernistas, ultraístas y otros por no contener nutridas secciones representativas de los extremos de aquellos grupos; y puede ser criticada por individuos cuyo gusto poético no está en armonía con el del compilador. Tales críticas son inevitables al margen de una obra de esta naturaleza, y ninguna de ellas es valedera. No hay que dudarlo, el doctor de Onís y don Marcelino Menéndez y Pelayo son los que más han profundizado en la totalidad del espíritu de la poesía iberoamericana. La penetración crítica de de Onís nadie se atreve a contradecirla. La mejor interpretación del americanismo y del españolismo que hemos encontrado son las siguientes palabras de de Onís sobre Rubén Darío (148).

El americanismo original hay que buscarlo en una sensibilidad nueva, y *Prosas profanas*, con su delectación en los temas helénicos o versallescos o de la España antigua, con su gusto por el lujo, el refinamiento y la sensualidad, con su desarraigado cosmopolitismo y su capacidad asimiladora e imitativa, muestra uno de los lados más significativos de la sensibilidad americana. Pero en *Cantos de vida y esperanza* y en otras obras posteriores encontramos, no ya la sensibilidad americana, sino el sentimiento de América. Es éste un sentimiento complejo que comprende el sentimiento profundo de España mirada como cosa propia: la España histórica, como el pasado de América; la España moderna, como la hermana de los pueblos hispanoamericanos hijos todos de la misma tradición. Comprende asimismo el sentimiento profundo del pasado indígena de América y el del paisaje americano, mezclado a menudo a sus recuerdos de infancia. Comprende también el sentimiento de los Estados Unidos, que es un sentimiento mezclado de admiración por lo que tienen aquéllos de máxima realización americana, de temor ante sus aspiraciones imperialistas panamericanas y de afirmación de la diferencia radical e irreductible de las dos Américas. Y comprende, en fin, el sentimiento del porvenir de la América española, que más adelante encontró su expresión más alta en el *Canto a la Argentina* (1910), nación que amó siempre por ser la que encerraba la mayor promesa de América.

Las tres siguientes historias de la literatura iberoamericana, publicadas todas ellas entre 1935 y 1938, no responden ni remotamente a los títulos generales que llevan, porque las omisiones son capitales y el espacio dedicado a varios autores está fuera de toda justa proporción. Sin embargo, son típicas de la crítica literaria iberoamericana, y como tales, deben comentarse brevemente.

La *Historia de la literatura hispanoamericana*, por el profesor Isaac J. Barrera, publicada en Quito, Ecuador, 1935, omite toda mención de Fernández de Lizardi, aunque presenta largos ensayos sobre Heredia, Bello y Olmedo; omite también la novela realista mexicana del siglo XIX; pasa por alto todo el movimiento modernista, toda la literatura mexicana contemporánea, y casi todos los autores contemporáneos de Iberoamérica: Gallegos, Gálvez, Lynch, J. E. Rivera, Güiraldes, Barrios, la poesía femenina, los ensayistas, etcétera, etcétera. En la conclusión Barrera se disculpa diciendo que hay tanta riqueza y variedad en la literatura moderna, que tuvo que contraerse a tratar de un género literario y de una escuela determinada: la romántica. En cambio, a sus autores predilectos los ha tratado con mucha indulgencia. Dedicó 27 páginas a Olmedo (compatriota de Barrera), 8 páginas a Javier Santacruz y Espejo (también ecuatoriano), sólo 12 páginas a Bello y 14 a Heredia. Barrera mismo admite muchas de estas omisiones al decir que las páginas de su libro formaron “el curso de Literatura Hispanoamericana dictado en la Universidad Central de Quito, en el año 1933-1934”, y que “a este curso debe seguir otro que se refiera al movimiento literario que en América se llamó “modernista” y un suplemento para revisar las últimas tendencias literarias”. Para decir las cosas claras, Barrera omite *lo mejor* de la literatura iberoamericana, al menos *la mitad* de los autores importantes, y sin embargo, tiene la ocurrencia de dar un título general a su historia. Entonces en su epílogo, y con ese egoísmo nacional que siempre ha sido una de las principales causas del retraso en Iberoamérica, añade que “esta breve historia de la literatura de la América hispana era necesario trazarla para que sirviera como de indispensable introducción de la *Historia de la Literatura Ecuatoriana* que tenemos preparada”.

El *Curso de historia de la literatura hispanoamericana*, por el profesor argentino Manuel V. Giorgi publicada en Buenos Aires, 1937, tiene más o menos los mismos defectos que la anterior, salvo que en este caso el autor traza mayormente el desarrollo de la literatura argentina y pasa por alto casi todos los movimientos literarios que tuvieron su origen o mayor expansión fuera de este país, exceptuando, desde luego, como el mismo Barrera, los autores ya estudiados por Menéndez y Pelayo. Tanto en Giorgi como en Barrera el “como dice Menéndez y Pelayo” ocurre a cada paso. En la historia de Giorgi la desproporción salta a la vista quizá aún más que en la de Barrera, pues el profesor argentino procura *mencionar* a todos los escritores argentinos contemporáneos. Resulta que dedica cinco líneas a Benito Lynch, diez a Manuel Gálvez, cinco a José Ingenieros, nueve a Lugones, dos páginas y media a Rubén Darío; en cambio, tiene cinco páginas sobre José Manuel Estrada, seis páginas sobre Eduardo Wilde, cinco sobre Lucio V. Mansilla, y así sucesivamente. Al llegar a la literatura mexicana del siglo XIX, en tres cuartos de una página menciona a quince escritores. En efecto, el capítulo nueve, que gira sobre la literatura mexicana, colombiana, venezolana, ecuatoriana, peruana, boliviana, paraguaya y antillana no es más que una lista mal seleccionada de nombres y de títulos.

Además de esta presentación desequilibrada, Giorgi, como crítico, sale con algunos juicios que son “formidables”. Por ejemplo, al criticar el teatro de Florencio Sánchez, dice: “Las obras de Sánchez adolecen de dos defectos capitales; (1) no poseen valores literarios y (2) no tiene grandes quilates dramáticos”. Sobre Rubén Darío expresa esta opinión “Darío nunca va directamente al fondo de la naturaleza o al encuentro de las grandes ideas. Hace gran derroche de dialéctica, y por eso no puede expresar lo verdadero y eterno — aunque tuviese intención de hacerlo—, pues se extravía en la maraña del artificio y la retórica”. (Habría sacado esto de Cejador y Frauca). “Sus obras —continúa Giorgi— pueden dividirse en prosa y verso”. Es la única división que hace nuestro historiador. Sobre Martí, Giorgi falla aún más: “Algunos autores estiman que las poesías de Martí son originales. Sin embargo, Menéndez y Pelayo hace llegar hasta Martí este juicio: “En Cuba hubo muchos poetas que escribieron versos brillantes y sonoros, pero carentes de valor fundamental”. En primer lugar, cita mal la frase del gran crítico español, quien dice: “En Cuba todo el mundo hace versos, y son muchos los que hacen versos sonoros y brillantes, que pueden fascinar en la recitación y aun en la primera lectura, careciendo por lo demás de todo valor intrínseco”. Don Marcelino ya había dicho antes que su *Antología* nada ganaría con dar lugar a los innumerables versificadores cuyas lucubraciones métricas abrumaban el *Parnaso cubano* y la *Cuba poética*. Pero no menciona a Martí, ni “hace llegar hasta Martí” ninguna crítica, ni aparece ninguna poesía de Martí en el *Parnaso cubano* o la *Cuba poética*.

La *Historia de la literatura hispanoamericana*, por Oscar R. Beltrán publicada en Buenos Aires, 1938, es una obra de mucho más mérito que las dos anteriores. El autor comenta y analiza con crítica propia y ajena a todos los poetas representados en la *Antología* de Menéndez y Pelayo, presenta un breve pero excelente estudio sobre el modernismo, y dedica el resto del libro a la literatura argentina. De los doce capítulos que abarca esta historia literaria, ocho giran exclusivamente sobre la literatura de aquel país. Sin embargo, el autor ha tenido que omitir a los contemporáneos: Güiraldes, Lynch, Ingenieros, Gálvez, Quiroga, etcétera. El título de la obra, desde luego, debió ser, *Breve historia de la literatura argentina desde los principios hasta el siglo veinte*, o algo por el estilo. Considerada desde este punto de vista, es un estudio sumamente interesante, bien escrito, que demuestra un excelente juicio crítico. Además, tantas son las citas de crítica ajena, que el libro puede servir más o menos como un compendio de las opiniones que han expresado los más famosos críticos sobre los autores estudiados. Beltrán promete pronto una *Historia de la literatura argentina*, y esta obra seguramente va a ser no sólo valiosa, sino *estimulante*, lo que hoy día importa más.

Otra obra general titulada *Historia de la literatura americana*, publicada en Santiago de Chile, 1937, por Luis Alberto Sánchez, exilado peruano actualmente encargado de la Editorial Ercilla, es la única que responde al título que lleva. Sánchez omite (él mismo lo admite) toda la literatura brasileña, norteamericana, y mucha de la literatura paraguaya y antillana. Estas omisiones no son importantes. Tal vez la literatura brasileña pudiera incluirse con ventaja en una obra de esta clase, pero la norteamericana la tendría que presentar Sánchez de segunda mano, y nos parece que más valdría dejarla fuera. José Antonio Ramos ya ha escrito un excelente panorama de la literatura de los Estados Unidos,

y no hay necesidad de que Sánchez —que seguramente no habla ni lee inglés con la gran soltura del famoso crítico cubano— nos dé otro breve panorama inferior. Fuera de estas omisiones, y las escasísimas líneas que dedica Luis Alberto a la novela de la revolución mexicana, uno de los dos o tres aspectos más importantes de la literatura iberoamericana, el autor presenta a todos los escritores de primero y segundo orden, y bastantes de los de tercer orden en las 650 páginas que contiene su libro. En efecto, en el caso de Sánchez, la crítica que hemos de expresar es la reversa de la que hicimos sobre Barrera, Giorgi y Beltrán, porque el prolijo peruano cita tantísimos nombres, fichas, hechos y opiniones, que su historia tiene más de catálogo que de crítica literaria. Esto es de lamentar doblemente, pues Luis Alberto posee una rara combinación de memoria enciclopédica y penetración crítica, y sabe expresar sus ideas en un estilo vigoroso que fascina al lector. En cambio, la precisión bibliográfica e histórica no es precisamente el punto más fuerte de nuestro autor. Escribe con tanta prisa y vigor, que deja deslizarse varios errores de títulos y fechas. La parte crítica de su obra —la socioliteratura— como la llama él, es interesantísima, aguda, única. Tal vez hay quien critique su perspectiva señalando la gran predilección por lo indigenista, lo aprista y lo izquierdista, pero Luis Alberto nunca se deja llevar por sus gustos e inclinaciones personales, y si en esta obra se ven ciertas predilecciones —¿quién no las tiene de alguna clase?

En la advertencia preliminar Sánchez define el propósito de su obra con característica modestia y claridad en estas palabras: “Una *Breve historia* que pertenece a un género mixto debe consignar los hechos y nombres de mayor significación; pero no todos los nombres ni todos los hechos. Si se ciñe excesivamente a las corrientes espirituales, desembocará en un esquema social; si a los meros nombres y títulos de obras, en un catálogo. De una y otra cosa he querido huir, terminando por escribir este libro mestizo pero no híbrido. Lo mestizo engendra. Lo híbrido se caracteriza por su esterilidad...”

“El tema es amplio. El profesor norteamericano Alfred Coester —de la Universidad de Stanford— recogió realmente datos inapreciables, pero incompletos. Tenía que ser así. Creo haber avanzado algo sobre su texto. El que venga después, que edifique sobre mis andamios”.

(Lo hará, Luis Alberto, lo hará con toda seguridad; quien escriba sobre la literatura iberoamericana después de usted tendrá que edificar sobre sus andamios. Su obra es fundamental).

Otra fase de esta historia de Sánchez es, como ya hemos indicado, su preocupación por lo indoamericano. Nadie presenta las corrientes indoamericanas con tanta comprensión, nadie las defiende con tanta fe como Luis Alberto. En su primer capítulo señala el camino en las siguientes palabras: “El problema primero es: ¿existe una sensibilidad, un rumbo y una cultura indoamericanos? Si la respuesta es afirmativa, queda en ese punto definida la cuestión. Si es negativa, la literatura americana no pasa de ser una fracción de la peninsular”.

“Aunque, en realidad, no existe una cultura americana —de ello me he ocupado en varios de mis libros— nadie podrá desmentir el hecho de que América posee una personalidad propia. Por consiguiente, es posible estudiarla como tal, como individualidad, relacionándola, desde luego, con sus antecedentes indohispánicos y con sus afluentes anglofrancogermanos”.

Esto lo hace Luis Alberto Sánchez con suma habilidad. En fin, el principal valor de su contribución a la historia literaria de Hispanoamérica es doble: primero, siempre tiene en cuenta todas las corrientes raciales, geográficas y espirituales que son la base del continente americano; segundo, presenta la única interpretación completa de la literatura iberoamericana contemporánea.

En resumen, pues, nuestro estudio sobre la historiografía de la literatura iberoamericana se reduce a las siguientes conclusiones: la mayoría de las historias sobre esta materia escritas por iberoamericanos demuestran la misma desproporción, la misma falta de unidad y comprensión interamericana evidentes en sus respectivas organizaciones políticas. Es decir, son grandes nacionalistas y pobrísimos iberoamericanistas nuestros vecinos del sur. Más, carecen lamentablemente de la precisión y perspectiva históricas. Supongo que esto sea inevitable en las naciones jóvenes, porque si los distintos países de Iberoamérica tienen más o menos un mutuo pasado colonial, en sus épocas de independencia, como los hijos de una misma madre que se encuentran al margen de la madurez no ya totalmente lograda, comienzan a trazar los caminos de sus distintas personalidades. Terminado este período de transición, volverán a reconocer que pertenecen todos a la misma familia. Hasta entonces, ningún iberoamericano podrá escribir una grande historia general de aquella literatura. Y hasta entonces, será innegable verdad que la Madre Patria entiende mejor a sus hijos que éstos a ella. Menéndez y Pelayo, Juan Valera, Federico de Onís, y el mismo Cejador y Frauca seguirán siendo el punto de partida para cualquier estudio de la literatura iberoamericana.

Las obras de los dos críticos extranjeros, Max Daireaux y Alfred Coester, aunque adolecen de imperdonables errores y omisiones, merecen nuestra gratitud. Son libros que responden a un propósito de divulgación y propaganda, más que a una necesidad crítica, y desde este punto de vista son obras de verdaderos *pioneers*. No las critiquemos con demasiada aspereza, sobre todo cuando los mismos iberoamericanos, con la excepción de Luis Alberto Sánchez, no han podido producir estudios mejores.